

Lautaro Yankas

Vida, pasión y gloria de Gabriela Mistral

Pedagogía y Diplomacia.—Nace en 1889, el séptimo día de abril y su niñez tiene pañales humildes. Vientos errabundos sacuden el hogar y el dolor empieza a espirar en el ceño de la pequeña Gabriela. Un sentido de expresión poética rompe la timidez y hay fuerza humana en surgente caudal. Tiene catorce años y sus versos se publican en periódicos locales. Es maestra un año después y su apostolado empieza en una aldea próxima a Vicuña, su pueblo natal. Obtiene título de pedagoga primaria en Santiago, en 1910, y desde este momento encamina su misión por ciudades y pueblos del país y del Continente; en 1911, Profesora en el Liceo de Traiguén; en 1912, Profesora de Historia en el Liceo de Antofagasta y luego de Castellano en Los Andes; Directora del Liceo de Magallanes, en 1918; del Liceo de Temuco, en 1920, del Liceo N.º 6 de Santiago, en 1921; Comisionada por el gobierno de México, en 1922, para reorganizar la educación

de aquel país; en 1924, viaja a Europa y a su regreso visita Norteamérica; en 1925 visita Latinoamérica y en ese mismo año el Gobierno de Chile le otorga su jubilación de maestra; en 1926 se la distingue con el nombramiento de Secretaria de Sección de la Liga de las Naciones; en 1927 y 1928 representa a Chile en Congresos de Educación en Locarno y Madrid, y a la Sociedad de Las Naciones en Roma; en 1930 es invitada a E. E. U. U.; en 1931 conoce Centroamérica y Antillas; en 1932 se la envía a Nápoles como Cónsul y al año siguiente se la nombra en Madrid; viaja por Sudamérica en 1938. Tres años después la encontramos como Cónsul de Chile en Brasil, donde la sorprende este 15 de noviembre en que su genio conquista para Chile e Iberoamérica la máxima gloria del espíritu, el Premio Nobel de Literatura.

Su drama. —Iniciada la adolescencia, conoce la exaltación del amor. El destino se llama Romelio Ureta, modesto empleado. Ella tiene veinte años cuando se suicida el amado. Muere el padre de Gabriela en 1915 y su madre en 1929. La poetisa abreva la entraña herida, en los veneros de la Biblia—el Eclesiastés, David, Salomón, Los Profetas, el Apocalipsis—, y su dolor de criolla herida en el umbral de la ternura se eleva y sublima sin merma de su pulso embravecido.

Su gloria. —Los Juegos Florales de Santiago premian sus «Sonetos de la Muerte», en 1914. Se publica en México «Lectura para Mujeres», en 1922; y en 1923, en N. York, el Instituto de las Españas ofrece la primera edición de «Desolación», su obra plena. Ese mismo año se da en Santiago la segunda ti-

rada y poco después la tercera de «Desolación». En 1924 da en España otro volumen, «Ternura». En 1926, en Argentina, tercera tirada de «Desolación». En 1934, en España, de «Nubes Blancas» y «Breve Descripción de Chile». En 1938, aparece «Tala», en Buenos Aires.

•••

Desde el año profético de «Los Sonetos de la Muerte», el misterio de una nueva poesía se ha vaciado sobre los ríos de América bárbara y ha engendrado en sus tierras, para ir luego por los caminos del planeta borrando países, desgajando vanidades, en voluntad de redención de conciencias y salvación de la Belleza amenazada. ¿Por qué había de brotar en la cobriza entraña del Chile arisco, sobre el flanco herido de esta América, el labio bíblico que diría la verdad viviente y eterna, escondida hasta ayer en los repliegues de un mundo cansado? Porque así ha sido siempre sobre la tierra, cuando los tiempos se tienden a dormir su agobio y se deshacen en migajas con sus sueños sin sangre. Los paganismos pidieron toda la pasión a los pueblos y se levantaron ardiendo en gloria y esperanza sobre un mundo sumergido en la crueldad de sus dioses. Después, encima de los Césares, la nueva voz apretaba, como la madre bravía al hijo, una fuerza predestinada sobre los dolores del mundo.

Las grandes voces que se levantan sobre la tierra de tarde en tarde, por no decir de siglo en siglo, trayéndonos un resplandor ignorado que se hace fecundo en

los pueblos, suelen darnos una nueva belleza o una nueva verdad o ambas cosas a la vez. Porque el arte no acaba de desbordarse sobre el tiempo, como las religiones, sino cuando ha llegado el nuevo Mesías.

Iberoamérica ha engendrado la nueva voz, que ya es entraña y signo de la emoción universal. Tiene su acento y su gama, su sentido perenne, su ascensión sobrehumana. La belleza ha hablado en los labios de esta mujer cobriza, de rostro grabado por el dolor y la ternura y por la suprema claridad del cielo. La belleza andaba perdida entre barrancos y tinieblas, entre desesperados afanes y mortales acrobacias, y esta mujer humilde, con sus herramientas indias y su pasión, la encontró cuando su pie desnudo de niña se desgarraba entre los pedruscos de la tierra nativa. ¿No fluye la leyenda de su nacimiento? Pese a las noticias de los diarios, se vacila en señalar su aldea de origen. Quien dice conocerla por haber convivido los años de niñez, afirma que nació en una aldea casi ignorada del Huasco, Fragüita, y no en Vicuña. Se habla ya de que su progenitor, maestro de primeras letras, experimentó a raíz del nacimiento de Gabriela, extraño cambio en sus hábitos, y sólo revivía al hablar de su hija, a quien vaticinaba un porvenir glorioso.

En la poesía de Gabriela Mistral se amasan divinamente el dolor—el dolor de saber al mundo injusto y ciego con el humilde y necesitado—, quebrado en queja o vertido en ternura, y el amor, a veces desbor-

dato y apocalíptico. Las primeras imágenes de su niñez conviviendo las horas de la escuela común, mísera y desolada como las escuelas rurales de hoy, alimentaron la emoción creadora todavía recogida, vacilante en sus primeros versos, hasta que el amor, el gran amor, razón y destino de eternidad, precipitó aquellas fuentes donde la vida no estaba aún plenamente revelada. Este temblor de la sangre y la entraña despierta hacia la embriaguez, hacia el espacio y el vértigo, se quiebra encima de la esperanza y del ansia, y luego todo es cataclismo, donde golpean la desilusión primero y luego la desgracia sin término.

«No cantes; siempre queda
a tu lengua apegado
un canto: el que debió ser entregado.

No beses: siempre queda
por maldición extraña,
el beso al que no alcanzaron las entrañas».

El dolor, agigantado, se hace tierra ondulante, abismo y cumbre, y parece [que el sol abrasara cordilleras y valles y la tiniebla embrujase todas las auroras. No existe el silencio, pues hay una voz que no descansa, abierta como la herida del mundo. Grito, queja, pasión, castigo, amargura, amargura en los astros, en la sangre de la tierra ilímite.

«Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres tan obscuro!».

.....

«Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte
[Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que entrar en la muerte]».

Hay un momento en que su alma tiene resonancias de sepulcro. Todo está perdido y la voz invoca al divino hermano del Monte de los Olivos:

«Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas ya todas las palabras».

.....

«Recíbeme, voy plena,
[tan plena voy como tierra inundada]».

Un acento grave, cósmico, de órganos soplando en la noche del mundo, sostiene esta apasionada sinfonía de la desolación. Va más allá de la simple y humilde queja humana. Es la Mujer que se injusticia y justicia al dolor universal amamantado por el amor que se encendió en la primera mirada y el último beso. Es la

naturaleza con sus horizontes abiertos, desencadenada, la sentencia divina y humana arrancada a las remotas edades de la Biblia y a los abismos sagrados de la India, renacida en sangre indígena, en barro nativo, alucinado. Todo este Dolor se recoge y alza en «Desolación».

Mas no es posible que estos odres de pasión se estrujen sin más ni más en la fluyente vida de los días iguales. No, en el alma de esta mujer que es virgen y mártir, tanta sangre hace un océano, suma de océanos y el amor se cuaja en ella en maternidad sin par porque a su labio ha bastado el beso del hombre para que sus manos se muevan sobre la criatura acunada en lo más puro de su entraña. Así ha plasmado niño y ternura y las mujeres del planeta hablan en ella para todos los que sufren cuando oyen llorar a una criatura. Ternura que se vuelca en la choza y el palacio, sobre la tierra entera, y sirve a todas las madres que la mezcquinan. Pero antes, habrá de gemir todavía su invocación martirizada.

«Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje con los trigos divinos y sólo de Ti espero.
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

«Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo y mío allá en los días del éxtasis ardiente, en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo y un ancho resplandor creció sobre mi frente».

La ternura es el licor que ablanda la recia arcilla de esta maternidad desesperada. ¿Qué niño dejaría de gozarla si es ternura con dolores de parto y luz arrancada o un mundo sin pan ni regazo?

«El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más».

«¿En dónde tejemos la ronda?
«¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar».

Genio maternal en trance de poesía divina concluye en su excelsitud de Maestra. Maestra de América para la infancia del mundo. Una sensibilidad ejercitada de modo tan hondo en la poesía y en el contacto diario de sus criaturas ha forjado la magnitud de su apostolado, que América busca.

Ya está dicho, Gabriela Mistral es una gran voz en el tiempo. Profecía de la eterna belleza. Voz inconfundible, en consecuencia voz nueva, lengua nueva. No es la lengua castellana, aunque sus orígenes estén en ella, es la lengua criolla de esta América morena, donde los reflejos del cobre encienden la

pasión, el trigo se hace leche y el salitre es siembra de resurrecciones. Gabriela lo ha dicho y esta afirmación de que quien ha encontrado el universo con su palabra no podría ser siquiera discutida o callada por los fariseos del idioma. Tiene esta lengua que ya hoy alcanza jerarquía y altivez, los contactos y los pulsos vitales del medio: potencia telúrica que le ahoga fragilidades; sentido directo o intuición rauda, contornos fuertes y ricos, densidad, calor de sangre indómita. Más aún, color, color de tierra nueva inundada de sol macho.

Esta lengua criolla ha estado creciendo, acendrándose desde el primer día, esperando su pasión, su alumbramiento cabal. Y el genio hecho mujer debía ser quien la entregara, por milagro natural. Obras maestras estaban haciendo esta forja en cada país de esta América india, mientras las viejas formas sin sangre y los snobismos pálidos se rezagaban en salones y sobremesas. Ninguna de tales obras recordaba a la Europa, y todas abrían sus pulmones a los vientos grandes de nuestra vida. Gallegos, Rivera, Darío, Arguedas, Vallejos, Azuela, Campos, Robleto y tantos otros más, tuvieron el hechizo de la sabana y la selva, de la muchedumbre vencida e invencible, de la tierra erguida de Aconcguas y Chimborazos. Faltaba, quizás, la voz que rompiera los moldes de la Poesía y mostrara caminos a la ternura. El momento ha llegado. Hay una lengua criolla, ya encendida en resplandores gloriosos. Bien por

nuestra hermana Gabriela Mistral. Bien por los artesanos de América.

Algunos, a veces hablan de no entender la poesía de Gabriela Mistral. Son aquellos que están habituados a elucubrar con las sombras. Esta poesía humana y solar de Gabriela es la negación de aquellos mundos ciegos. Si los niños del planeta la gozan en los labios y la danzan en sus rondas, habrán de sentirla en la sangre. Los hombres vestidos de sencillez también habrán de gozarla, como se goza el pan.